

Vengo de Spinoza y tengo el alma empapada de claridad. La semana entera la hemos pasado estudiándolo. Gissing tiene las obras del filósofo adorable en la edición de Van Vloten y Land. El latín de Spinoza no es literario. Es un latín escueto, y fuerte, y, sobre todo, claro. Claridad, que no relumbre. Claridad como la de los números. Claridad, que no nada que pueda deslumbrar. Deslumbrar es una manera de engañar. Cuando las nubes recogen la luz del sol y la distribuyen con ecuanimidad, entonces es cuando el sol más ilumina. Para entender a Spinoza hay que comprender este ministerio de la nube. Spinoza era judío. La nube es el secreto de su raza. *En nube todo* podría ser el lema de todos los judíos. La nube entre cuyos relámpagos habla Jehová, último de sus dioses. La nube que guía al pueblo de Moisés. Y, con Spinoza, la nube que no esconde la luz sino que la esparce sabiamente. Cuanto hay nublado en Spinoza no es, pues, sombrío. Todo lo contrario. Lo leíamos, Gissing y yo, al aire libre. Gissing tenía los preciosos volúmenes en su regazo. Yo escuchaba. Allá lejos, hoy, un macizo de árboles recibía el sol y se saturaba todo de luz. El río hacía bailar todas sus platas y hasta me parecía que, en contraste con la voz, como de madera, de Gissing, sonaba también a plata. Yo alcé los ojos. El cielo estaba de un azul claro, más claro que cuando está blanco de luz; como una perla que fuera de ese color. Y lo más luminoso en todo el cielo era una nube que se desenvolvía lentamente, repartiendo sol. Una inmensa paz se apoderaba de mi espíritu. Los judíos fueron los primeros en adivinar la luminosidad gloriosa de las regiones espirituales. Después se ha exagerado el concepto. La luz del *Paradiso* ciega. Spinoza recobró la vera tradición. Y es ésta tradición la que ese gran judío vasco, don Miguel de Unamuno, ha olvidado. El espíritu de Unamuno es judío. Y es una tragedia intelectual que Unamuno tenga de Spinoza incompreensión tan grande.

Judío he dicho. ¿Qué temor me tengo, lector amigo, de que pienses en Shylock y en banqueros de Wall Street! Judío digo, y quiero que pienses en los profetas y poetas de Israel, y en los filósofos robustos y sutiles que la semilla judaica dió en España. Cuando el pensamiento fuerte del judío se enamoró, en España, de las formas arábicas, cómo retorció su verbo en eterna búsqueda de la forma ajustada a su inquietud espiritual. Me contaba don Joaquín, el otro día, que le conmovía la lectura de artículos recientes de Unamuno "¿Qué lucha con el idioma!" exclamaba el gran maestro hispanoamericano. "¿Cómo retuerce el hierro de la lengua castellana, caldeado al rojo vivo, en busca de la forma que diga lo que él quiere decir!" En todo lo esencialmente judío hay eso. Hasta la columna salomónica es cosa retorcida. Pero el retorcimiento es para rematar—¿en qué? Yo digo que en una claridad del corazón como la de Jesús o en una claridad del in-

Persiflage Defensa de Spinoza

— Colaboración directa —

Para Azorín.—a quien los alicantinos que él tanto quiere han amargado al punto de que ya se confiesa viejo,—por si alguna dulzura le puede llevar este testimonio, más del cariño que a él le tenemos en América.



Benedictus de Spinoza

telecto como la de Spinoza. Y esto es lo que me parece que Unamuno no ha comprendido.

Se ha exagerado la tristeza de Jesús. Jesús fue jubiloso. La tristeza no está en él, está en nosotros. La tristeza es de quienes han querido pintar a Jesús. Los que a Jesús se han acercado rinden testimonio de una felicidad clarísima. Cuanta nube hubo en él se prestó a esparcir su luz, que no a impedirlo. Aquellos que estaban atentos sólo a los profetas no comprendieron a Jesús. De ellos también me acuerdo pensando en lo que Unamuno piensa de Spinoza. Y nadie me parece tan digno de Jesús como Spinoza. Si no se comprende que Jesús no fue hombre triste, no se comprenderá que tampoco lo haya sido Spinoza. El yanqui estudioso y divulgador, Will Durant, recuerda⁽¹⁾ que Nietzsche había dicho que el último cristiano murió en la Cruz, y dice: "Nietzsche se olvidaba de Spinoza".

Spinoza, pues, no fue triste. Spinoza no fue desgraciado. Spinoza fue feliz. Otra cosa es pensar si nosotros hubiéramos sido felices con la suerte de Spinoza. Anatole France escribió que si Napoleón hubiera tenido el intelecto de Spinoza "hubiera vivido en una bohordilla y escrito cuatro libros". ¡Ah, y Napoleón hubiera sido feliz! Sobre la felicidad de Spinoza estriba la discusión toda. "Contra Spinoza y su doctrina de la felicidad", dice Unamuno (*Del sentimiento trágico de la vida*), "no cabe sino un argumento *ad hominem*. ¿Fue feliz él, Baruc Spinoza . . .?" Pues

(1). En *The Story of Philosophy*, Nueva York, 1926.

bien, yo creo que sí. Creo más, cabe explicar aquí. Creo que yo, con mis glándulas, no hubiera sido feliz con la vida que Spinoza vivió. Y es posible que Unamuno, con las suyas, no hubiera sido feliz tampoco. A lo sumo a que se puede llegar, siguiéndole la corriente a la egotista argumentación unamuniana, es a concebir que la felicidad de Spinoza no es para todos. Tampoco lo es el Reino de los Cielos. Algunos tenemos que nacer otra vez. Con otras glándulas.

Los judíos expulsados de la Península Ibérica por Fernando el Católico, y que se refugiaron en la Holanda medio libre de aquellos tiempos, fundaron su primera sinagoga en Amsterdam en 1598. Setenta y cinco años más tarde construían otra, suntuosísima, y los cristianos de Amsterdam cooperaron en esta construcción. Ello lo digo, para que se vea con toda claridad, como conviene verlo todo con referencia a Spinoza, que judíos y cristianos, en Amsterdam, en el siglo XVII, se llevaban armoniosamente. Hacia la mitad de ese siglo ocurrió en esa comunidad judía un suceso trágico. Uriel Acosta, joven y apasionado y bajo influencia de aires del Renacimiento, escribió un tratado vigoroso en el que atacó la creencia en una vida después de la muerte. Dentro de un criterio estrictamente judío, no fue el suyo tan gran crimen. Pero se recordaba los sufrimientos de la expulsión de España, los de las persecuciones de que eran víctimas los judíos en casi todas partes, y se sentía, por los buenos holandeses hospitalarios, una profunda gratitud. Urgía que los cristianos no tomaran a falta de mano fuerte contra los judíos las opiniones de Acosta. Se creyó, no sin razón, que si los cristianos daban en entender que la comunidad judía permitía que en su seno impunemente se negara la otra vida, la mano fuerte no tardaría en dejarse sentir. Y en la exaltación de ese temor se impuso a Uriel cruelísimo castigo. Se le obligó a tenderse a la puerta de la sinagoga y a ser pisoteado públicamente por toda la congregación. Humillado, atormentado, adolorido de cuerpo y de alma, Uriel llegó a su casa, escribió una carta fiera, y se mató. Esto era en el 1647, y lo presencié Baruch Spinoza, mozalbete de quince años de edad.

El joven Spinoza era el orgullo de la escuela de la sinagoga. El problema de la vida futura cobró para él importancia singular. ¿Tenía o no razón Uriel Acosta?

Por esa época estudiaba latín con otro espíritu notable, con Franz van den Ende. Era éste un holandés de gran talento, nada constructor pero enamorado de toda bella construcción, fogoso, encantado con las ideas nuevas de su época, ideas naturalistas. Se le acusaba de enseñarles ateísmo a sus discípulos. Con la medicina, su profesión, no había podido van den Ende hacer fortuna. Vivía de lo que le producían sus clases de latín. En el 1674 se lanzó a una gran aventura, a conspirar contra el Rey

(Pasa a la página 96)